



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 3

CTX 113 CRISTOLOGÍA

González, Antonio. “El reinado de Dios”. En *Reinado de Dios e imperio: ensayo de teología social*, 128-136. Santander: Sal Terrae, 2003.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

4.4. EL REINADO DE DIOS

4.4.1. Dios reina victorioso

Un aspecto crucial para entender la estrategia bíblica de cambio social es el tema del reinado de Dios. Cuando el ejército del faraón se ahoga en las aguas del Mar de los Juncos, Moisés y los israelitas entonan un canto triunfal. Se trata posiblemente de uno de los textos más antiguos del Antiguo Testamento. El canto proclama el poder salvador de Dios, que ha rescatado a su pueblo y ha derrotado a las tropas del imperio opresor. El canto termina con la exclamación «¡El Señor reina por siempre jamás!» (Ex 15,18). El faraón ya no reina sobre este pueblo. Es Dios quien reina sobre él. En esto consiste precisamente el *reinado* de Dios. Aunque el texto ya presupone posiblemente el establecimiento en la tierra prometida y la construcción del Templo (Ex 15,13-17), es interesante observar la concepción del reinado de Dios que aquí aparece. De entrada, el reinado de Dios se experimenta por contraste con el reinado del faraón. Quienes se han sacudido la soberanía del faraón se encuentran ahora situados,

no bajo la soberanía de Moisés o de otro líder humano, sino directamente bajo la soberanía de Dios. A diferencia de lo que sucede en el resto de las sociedades de su entorno, el pueblo de Israel aparece como un pueblo sin monarca. De hecho, Israel vivió casi doscientos años (aproximadamente entre el 1200 y el 1030 a.C.) como una sociedad segmentaria y acéfala, carente de instituciones estatales. El pueblo de Dios como «reino de sacerdotes» (Ex 19,6) no es necesariamente un pueblo gobernado por un monarca. Es un pueblo gobernado por Dios.

La proclamación del reinado de Dios al otro lado del Mar de los Juncos significa claramente que para Israel el reinado de Dios no está asociado con las formas estatales. Carente todavía de territorio y de Ley, el pueblo puede aclamar al Señor como su rey. Contra lo que suele pensarse frecuentemente, el reinado de Dios no consiste ante todo en un estado o en un sistema social institucionalizado. El reinado de Dios ni siquiera es un estado de cosas, sino más bien una realidad dinámica: es el hecho de que Dios reina. Pero no se trata de un reinar abstracto, referido primariamente a la majestad divina o a su gobierno sobre el universo. El reinado de Dios requiere un pueblo. Y este pueblo no es otro que el pueblo que Dios ha sacado de Egipto, sustrayéndolo al reinado del faraón y situándolo bajo su propia soberanía. En la medida en que Dios hace esto de una manera concreta e histórica, es posible afirmar que Dios reina. Y precisamente porque Dios reina sobre un pueblo, ese pueblo es suyo, es un pueblo de su propiedad (Ex 19,5). Por supuesto que el reinado de Dios así entendido, aunque no equivale formalmente a un sistema social institucionalizado, está cargado de consecuencias sociales. Justamente la Ley de Moisés es la muestra de que allí donde Dios reina aparece una nueva sociedad en la que no se han de repetir las injusticias sufridas en Egipto. *La alternativa al imperio es el reinado de Dios.*

4.4.2. La monarquía en Israel

El relato bíblico no parece ser muy ingenuo acerca de la relación intrínseca entre las formas estatales y la existencia de divisiones sociales, de violencia y de opresión. De hecho, en toda la Escritura podemos encontrar fuertes ecos de una profunda tendencia antimonárquica. Por ejemplo, en el libro de los Jueces, en el que se nos des-

cribe la existencia preestatal de Israel, encontramos la historia de Abimélek, quien pretende instituir la monarquía y alzarse como rey. Para hacerlo tiene que formar algo que no existía en Israel en aquel tiempo: una fuerza armada. Por eso contrata a «hombres ociosos y temerarios» (Jc 9,4) cuya primera ocupación no es otra que la de exterminar a los hermanos de Abimélek, impidiendo así la competencia por la línea sucesoria de Gedeón. Es la conexión intrínseca entre estado y violencia. En esta situación, Jotán, el único superviviente de los hermanos masacrados, enuncia su famoso apólogo. Se trata de un texto posiblemente muy antiguo, en el que los árboles productivos rechazan la posibilidad de convertirse en reyes, porque prefieren cumplir con su benéfica misión. Sólo el más dañino e improductivo de los árboles, el espino, acepta convertirse en rey del bosque, y su reinado entraña desde el principio la violencia (Jc 9,7-15). La intentona monárquica de Abimélek fue finalmente derrotada.

La posterior instauración de la monarquía con el rey Saúl es vista por la Escritura con ojos sumamente críticos (Crüsemann, 1978). Sin duda, la creciente presión militar de los filisteos acabó conduciendo a que los mismos israelitas solicitaran la introducción de formas estatales. Sin embargo, el texto bíblico contempla este proceso con distancia. El profeta Samuel, en nombre del Señor, les muestra a los israelitas la gravedad de su decisión: la decisión de elegir un rey no sólo significa un rechazo del liderazgo de Samuel, sino, sobre todo, un rechazo de Dios como rey. «Me han rechazado a mí, para que no reine sobre ellos» (1 S 8,7), le dice el Señor a Samuel. El reinado de Dios es sustituido por un reinado humano. De esta manera, Israel renuncia a su misión de ser una alternativa entre las naciones, porque lo que los israelitas están pidiendo es, precisamente, ser como los demás pueblos: «asígnanos un rey para que nos juzgue, como todas las naciones» (1 S 8,5). El profeta Samuel acepta en nombre de Dios la decisión de Israel, pero les muestra las graves consecuencias que esa decisión tendrá: aparecerá la violencia de un ejército permanente, con los consiguientes tributos y diferencias sociales (1 S 8,10-18). El *ethos* igualitario de Israel se verá gravemente amenazado, porque los mismos israelitas se convertirán en criados del rey (1 S 8,17). Y, sobre todo, Dios mismo, cuyo reinado ha sido rechazado, ya no estará tan cercano como antes (1 S 8,18).

Ya vimos más arriba los límites estrictos que el Deuteronomio establece para el poder real, exigiendo una división de poderes y un

sometimiento del monarca a la Ley. Por su parte, los libros de las Crónicas interpretan el reinado de los reyes de Israel como un reinado vicario, en el sentido de que esos reyes no se sientan en su propio trono, sino «en el trono del reinado del Señor sobre Israel» (1 Cr 28,5; 29,23; 2 Cr 9,8). Otra imagen presenta a los reyes davidicos sentándose a la derecha de Dios, es decir, en el trono de su reinado sobre Israel (Sal 110,1). Sin embargo, la misma institución de la monarquía había abierto dos vías peligrosas que Israel en su historia recorrió hasta el final: la sustitución del reinado de Dios por otros poderes, lo cual significa últimamente la idolatría, y la introducción de diferencias sociales, lo cual implica finalmente la injusticia, la opresión y la práctica vuelta a Egipto. Cuando los profetas de Israel interpretan la caída del reino del Norte, y más tarde la destrucción de Jerusalén y el exilio babilónico, desde el punto de vista de una correspondencia entre la acción y sus resultados, no les falta una profunda razón: el pueblo de Israel, al reintroducir la idolatría y la desigualdad social, no ha hecho otra cosa que volver por sí mismo a una situación previa a la elección. Y desde el punto de vista de los profetas, los responsables máximos de la injusticia y de la idolatría no son otros que *los reyes* de Israel y de Judá. Con el exilio, las formas monárquicas experimentan una crisis de la que ya nunca se recuperarán plenamente (N. Lohfink, 1989a, 90-97).

Un texto de Oseas expresa rotundamente esta conciencia sobre el fracaso de la monarquía en Israel. El Señor, por boca del profeta, proclama que la monarquía no le ha servido a Israel para llevar adelante su misión en la historia:

«Voy a destruirte, Israel, porque estás en contra de quien te ayuda.
¿Dónde está tu rey, para que te salve en todas tus ciudades? ¿Dónde
están los gobernantes, de los que decías: “dame rey y autoridades”?
En mi ira te di rey, y en mi enojo te lo quité» (Os 13,9-11).

Israel rechazó el reinado de Dios y quiso que otro reinara en lugar de Aquel que los había liberado de la esclavitud en Egipto. Es algo que Israel quiso precisamente bajo la presión militar de poderes extranjeros, como los filisteos. Pues bien, el libro de Oseas proclama con toda claridad que el estado que los israelitas buscaron para ser salvados de los poderes extranjeros no ha sido capaz de proporcionar la salvación que prometía. Dios habría podido salvar, pero Israel lo ha rechazado.

4.4.3. El reinado futuro de Dios

La crisis de la monarquía no es óbice para que todo el simbolismo de la misma sea utilizado para pensar la esperanza del futuro. Ciertamente, la ruina de los reinos de Israel y de Judá puede poner en cuestión la idea misma de que Dios reina: ¿cómo es posible que Dios reine, si ha perdido su territorio, su pueblo, su templo y su capital? Normalmente, la destrucción de las naciones equivale, en la historia de las religiones, a una experiencia de la impotencia y la nihilidad de los propios dioses, que son sustituidos por los dioses del poder invasor triunfante. Sin embargo, Israel ha visto en su misma ruina como nación la presencia providente del Dios del pacto, el cual ha dejado caer sobre su pueblo las consecuencias de sus malas acciones, aunque, por encima de la lógica de la retribución, sigue vinculado a su pueblo. Esto permite ver, más allá de lo que traman los distintos pueblos, la presencia de un Dios que gobierna la historia entera y que, por tanto, es en realidad el Rey de las naciones (*maelaek haggoyim*: Jr 10,7). Lo cual implica, obviamente, la esperanza de que algún día el reinado de Dios se hará manifiesto sobre toda la humanidad, desplazando el poder de todos los demás reinos.

Esta esperanza se expresa repetidamente en las visiones de futuro de los profetas. Sofonías, por ejemplo, anuncia un «día de YHWH» en el que serán llamados a rendir cuentas los responsables de la idolatría y de la injusticia social: sacerdotes, príncipes, mercaderes y ricos propietarios (Sof 1,2 – 2,1). Además, las naciones enemigas de Israel también serán sometidas definitivamente al poder de Dios (Sof 2,4-15), lo cual tendrá un doble efecto: por una parte, los labios de los pueblos serán purificados, y todos confluirán desde los confines de la tierra hacia Jerusalén trayendo ofrendas al Dios verdadero; y es que, por otra parte, el pueblo de Dios habrá sido internamente purificado. Los príncipes, los jueces y los sacerdotes habrán sido desbancados, y sólo habrá quedado un «resto» de personas humildes y pobres que se cobijarán al amparo del Señor (Sof 3,1-13). Entonces el pueblo podrá prorrumper en exclamaciones de júbilo: «¡Grita alborozada, Sión; lanza clamores, Israel; celébralo alegre de todo corazón, ciudad de Jerusalén! Que el Señor ha anulado tu sentencia, ha alejado a tu enemigo. El Señor, rey de Israel, está en medio de ti» (Sof 3,14-15). El Señor volverá a ser rey sobre su pueblo y, mediante la atracción que este Dios y este pueblo ejercen sobre todas las nacio-

nes, el reinado de Dios se mostrará como un reinado universal (N. Lohfink, 1986).

El tema bíblico de la peregrinación de las naciones hacia Sión expresa justamente esta esperanza en una renovación de la misión universal de Israel como sociedad alternativa. En la medida en que Israel sea purificado de sus pecados, las naciones podrán admirar lo que significa el señorío de Dios sobre un pueblo en el que desaparece la idolatría y la injusticia, y de este modo los pueblos pueden decidirse libremente a ponerse bajo el reinado de Dios:

«Sucederá en días futuros que el monte de la Casa del Señor será asentado en la cima de los montes y se alzarán por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones y acudirán pueblos numerosos. Dirán: "Venid, subamos al monte del Señor, a la Casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos". Pues de Sión saldrá la Ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos. Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas poderosas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra. Casa de Jacob, vayamos y caminemos a la luz del Señor» (Is 2,1-5).

La peregrinación de las naciones hacia el pueblo de Dios significa que comienzan a vivir según el modelo de justicia de la sociedad alternativa. Y entonces desaparecen la violencia, los estados y los ejércitos. El reinado de Dios es un reinado de justicia y de paz.

Este reinado supone un desafío para las estructuras mismas de poder bajo las que Israel vivió durante todo el período monárquico. El capítulo 34 de Ezequiel, retomando un texto de Jeremías (Jr 23,1-6), muestra la radicalidad de este hecho al dirigirse contra los pastores de Israel. El «pastor» es normalmente una figura del gobernante, y en concreto del rey (Ez 37,24). Estos pastores se han apacentado a sí mismos y se han aprovechado del rebaño, ejerciendo la violencia sobre él (Ez 34,2-4). Ésta es la causa de que el rebaño haya sido dispersado y ande errante, sin que nadie se ocupe de él. Lo que Ezequiel anuncia, en nombre del Señor, es que Dios mismo vendrá a quitarles el rebaño a los malos pastores, y que él mismo se convertirá en el Pastor que velará por las ovejas, las recobrará de los lugares donde se han dispersado, y Él mismo personalmente las apacentará y las llevará a reposar. Dios mismo asumirá las funciones judiciales y salvará

a las ovejas del pillaje (Ez 34,7-22). Es interesante observar que esta esperanza en una restauración del reinado directo de Dios sobre su propio pueblo puede, sin embargo, convivir con la idea mesiánica de un descendiente de David que gobernará como pastor del rebaño, por más que este descendiente ya no sea llamado «rey», sino solamente «príncipe» (Ez 34,23-24). En cualquier caso, el fracaso de los gobernantes de Israel exige que Dios mismo se haga cargo más directamente del rebaño. Algo que está implícito, por tanto, en toda concepción de un reinado futuro de Dios.

De aquí va surgiendo una visión sobre el conjunto de la historia humana, que incluye una perspectiva sobre el final de la misma. Es un proceso que desemboca en el género apocalíptico, del que la Biblia hebrea tiene ya una muestra elaborada en el libro de Daniel. Es interesante observar que este apocalipsis veterotestamentario, a diferencia de los libros deuterocanónicos de los Macabeos, ya opta expresamente por alternativas de resistencia no violenta a los imperios (Dn 3 y 6). El libro de Daniel afirma, por una parte, el reinado de Dios sobre el conjunto de la historia humana, de modo que los diversos imperios que se van sucediendo en la misma no tienen más poder que el que Dios les concede, tal como estos gobernantes tienen que reconocer en sus momentos de lucidez (Dn 4,34-35). Por otra parte, los imperios van adoptando en la historia formas cada vez más inhumanas y bestiales (Dn 7,2 - 8,17). Los animales, especialmente los animales de presa, han sido el símbolo favorito de los imperios para representar su poder hasta el día de hoy.

Sin embargo, el plan de Dios incluye la ruina final de estos imperios y la aparición de un reino que jamás será destruido, y que es simbolizado por una piedra que se va convirtiendo en una gran montaña (Dn 2,27-45). El reinado de Dios significa la restauración de la grandeza y la belleza originarias de la creación. Y se trata también de un reinado humano, a diferencia de las formas bestiales que asumen los imperios mundiales: justamente por ello está simbolizado por un «hijo del hombre» al que se le entrega el dominio, la majestad y la realeza. Más allá de las dificultades concretas para interpretar el alcance mesiánico de esta figura, lo que conviene no perder de vista es que, en el reinado de Dios, quien aparece en el lugar de los grandes emperadores mundiales es «el pueblo de los santos del altísimo» *en su conjunto*. Ellos reciben la realeza, el dominio y la grandeza de todos los reinos de la tierra (Dn 7,27). El pueblo de Dios renovado,

sin recurrir a la violencia, recibe de Dios su reinado sobre toda la historia. Se trata de una novedad tan grande que sólo puede ser interpretada como una nueva creación o, más exactamente, como una resurrección de los muertos (Dn 12,1-4). De este modo se van preparando ya algunos temas centrales del Nuevo Testamento (N. Lohfink, 1989a, 95-97).

4.5. CONCLUSIÓN

Llegados a este punto, podemos ya constatar los avances y los límites de las respuestas que hemos encontrado a nuestras preguntas. La pregunta por la solución bíblica a la pobreza y a la injusticia social se ha encontrado con una respuesta radical e inesperada. Las alternativas usuales, tales como la resistencia pasiva, la caridad individual, la violencia, las negociaciones o la toma del poder político, se han mostrado como soluciones limitadas que no cambian definitivamente las estructuras sociales ni hacen desaparecer la opresión. La alternativa bíblica a la pobreza y a la injusticia consiste en la formación, en la periferia del sistema, de una sociedad distinta, sobre la que Dios reina directamente. Se trata de una sociedad igualitaria y fraterna que, en cuanto tal, ha de ser una alternativa contrastante pero atractiva para todos los pueblos de la tierra, invitados a peregrinar finalmente hacia ella.

En este momento sería posible preguntarse hasta qué punto todo esto no constituye más que un hermoso mito de la antigüedad o la expresión de los buenos deseos, nunca plenamente realizados, de un pueblo. Ciertamente, las pruebas arqueológicas nos hablan, a partir del año 1200 a.C., de la desaparición de las ciudades-estado amuralladas, sobre las que reinaban pequeños monarcas, y de la aparición de nuevas poblaciones campesinas, sin murallas y sin palacios reales. Israel saboreó durante un tiempo las promesas de Dios. Ahora bien, ¿tiene esto algún significado para el presente? Después de haber considerado los grandes problemas del mundo presente y las dinámicas internas del sistema económico dominante, ¿tiene sentido soñar con una alternativa como la que se expone en el libro del Éxodo? ¿No tendríamos más bien que contentarnos con otros métodos más habituales de buscar la justicia? ¿o comparte la práctica de siglos de las

iglesias la preferencia por aquellas soluciones que el Éxodo parece no valorar mucho? Desde la doctrina social más «conservadora» hasta la teología de la liberación más «progresista», ¿no hay un consenso general de todos los cristianos en que conviene más quedarse en Egipto, para hacer allí los cambios que sean pertinentes?

Aún no podemos abordar directamente estas preguntas. Conviene, sin embargo, no sacar todavía conclusiones precipitadas ni, mucho menos aún, elevar nuestras cobardías a criterio universal. En cualquier caso, es importante no perder de vista que la religión de Israel es enormemente crítica con respecto a sus propias posibilidades. En buena medida, los textos bíblicos de nuestro «Antiguo Testamento» constituyen una profunda reflexión sobre el fracaso de Israel para cumplir la misión de ser, entre los pueblos de la tierra, aquella sociedad sobre la que Dios quiso reinar de un modo particular, convirtiéndola en pueblo de su propiedad. De hecho, hemos visto cómo el pacto mosaico no eliminaba definitivamente la estructura profunda del pecado de Adán. Y sabemos, por otra parte, que esta estructura adámico-babélica constituye la raíz más profunda de la injusticia social y de la opresión. Cuando la religión de Israel dirige sus esperanzas hacia un futuro restablecimiento del reinado de Dios y hacia un Mesías ungido por Dios para gobernar a su pueblo, los cristianos no podemos olvidar nuestra afirmación de que ese Mesías ya se ha acercado en Jesucristo.

Por eso mismo, las preguntas que nos han quedado sin responder sólo podremos abordarlas propiamente en una perspectiva cristiana cuando lo hagamos desde Jesucristo. Es lo que tenemos que hacer en los siguientes capítulos.